

# Frete libertario

Madrid, 5 febrero de 1939

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 698

La hora exige la colaboración de todos los proletarios

## Con austeridad, con lealtad y con heroísmo, estamos a tiempo todavía de lograr la victoria

Para nadie es un secreto la trascendencia que tienen las operaciones de Cataluña; en una apresurada búsqueda de victorias decisivas, los rebeldes y sus aliados extranjeros se han lanzado a la más violenta, a la más furiosa de las ofensivas que se han desarrollado desde el comienzo del movimiento. No han reparado en hombres ni en material bélico de todas clases; millares y millares de aquellos son lanzados furientemente contra los reductos y líneas leales; millares y millares también de toneladas de explosivos y cientos de artefactos de guerra se dirigen contra nuestros soldados, pretendiendo lograr esa victoria trascendental de que tan necesitado se encuentra el fascismo.

Los momentos que transcurren son críticos para los rebeldes; pero al ser críticos para nuestros enemigos, lo son también para nosotros, para todos los antifascistas españoles, porque en ellos precisamente ahora se está decidiendo de una vez para siempre el porvenir de nuestro pueblo, el futuro de nuestra patria y la libertad y la dignidad

para los trabajadores españoles. En estas condiciones fácilmente puede advinarse cuál debe ser la actitud de los trabajadores antifascistas: serenidad firmeza, decisión de lucha. Y sobre estas tres cualidades que todos y cada uno de nosotros debemos poseer en su grado más elevado, debe unirse, como síntesis escuela de todas las virtudes de nuestro proletariado, una unión firme, decidida, dispuesta a todos los sacrificios y a todas las abnegaciones, de la que hayan desaparecido hasta los más pequeños vestigios de afanes de medro particular, y en la que todos los pensamientos y todas las acciones estén dirigidas hacia la victoria y se encuentren puestas al servicio de los supremos intereses de la España antifascista.

No son palabras vanas; frátase de deberes urgentes e ineludibles, a los cuales es necesario servir en todo momento. La lealtad, la sinceridad, la austeridad y el heroísmo, son ya absolutamente imprescindibles para que no se quiebre la línea de nuestros trabajadores hacia su liberación definitiva.

nando el derecho del fuerte, escriben el primer concepto del fascismo.

A la firma de los tratados de paz precede o sigue, de una manera inmediata, la desmovilización. Millones y millones de combatientes, millones de hombres que llevan cuatro años fuera de sus casas, de su trabajo, de sus estudios, de sus aficiones, recorren los caminos que arrancan de los frentes de lucha; llevan una ilusión en sus cerebros, un rayo de esperanza en los ojos. La lección ha sido dura, cruel; tremendos han sido los sacrificios; pero creen que la lección será provechosa y que los sacrificios no serán estériles. Creen, creen firmemente, que la última experiencia, acabada de vivir, servirá para orientar hacia nuevos derroteros a la humanidad. Las palabras revolucionarias que contribuyeron a acelerar el final de la guerra, los conceptos nuevos que bullen en todos los cerebros y que lanzaron a los hombres a las últimas acciones, pugnan por abrirse paso. Los proletarios tienen una meta clara, de reivindicaciones ciertas, de promesas lozanas: ante sus ojos se abren los caminos de la revolución social. La guerra, desencadenada por el capitalismo, ha terminado --creen-- con el capitalismo. Allí están sus líderes, que así lo dicen en encendidos párrafos; allí están los hombres señeros del proletariado universal, que se ponen al frente de las multitudes y que reclaman el Poder. Allí mismo, allí, están los proletarios decidiendo los destinos de sus propios países. Tras la paz es la revolución social. Es el amanecer a una vida nueva para todos los trabajadores...

Pero tras estas esperanzas se hallan los tratados de paz, que son la sanción rotunda de la dominación, del imperialismo. Se suman las reparaciones de guerra, las deudas de guerra, y línea a línea se aúnan columnas interminables de guarismos que sancionan la subsistencia de la explotación. La guerra ha terminado, pero no ha sido liquidada. Hay que pagar. Los trabajadores tienen que pagar. Porque los trabajadores son los únicos que están en condiciones de producir ese excedente de productos que permite el margen del lucro con que han de abonarse las locuras de los antiguos amos. El kaiser puede vivir tranquilamente en su castillo de Holanda, pero los obreros berlineses tienen que pagar, con su esfuerzo, a los capitalistas del otro lado del Rhin. Así lo dicen los tratados. Pero, ¿qué dicen los dirigentes? ¿Qué dicen los líderes del proletariado? Exactamente igual que los capitalistas; los de los países vencedores, que hay que cobrar; los de los países vencidos, que hay que pagar. Nuevamente el oro, la sed del oro, dominando a lo humano, a lo racional; nuevamente en quiebra las normas más elementales de la fraternidad universal, del mutuo apoyo entre todos los explotados; nuevamente, como norma suprema, la ley del más fuerte, la ley del vencedor. Se facilita, en los mismos días en que se firma la paz, el arma más formidable de que ha de disponer en años venideros el fascismo.

Por otra parte, el capitalismo sigue siendo la palanca que mueve todos los poderes; de nada sirve que se promulguen leyes sociales, si la explotación

perdura; de nada sirve que exista una constitución como la de Weimar, si la gendarmería, aquí y allá, sigue estando al servicio de los magnates del oro.

Los trabajadores se sienten vejados; las condiciones de vida son terriblemente bajas; y el fantasma del paro se extiende sin cesar porque los capitalistas quieren frenar, en sus comienzos, las reivindicaciones de los proletarios. Las masas pierden la fe en la vida clara; el desaliento cunde entre ellas y una idea se fija en sus cerebros: la revolución social. Sólo con la revolución social puede evitarse una nueva catástrofe. Los trabajadores vuelven entonces los ojos hacia los hombres que les han sabido hablar el lenguaje vibrante y cálido de emoción de los revolucionarios.

los trabajadores tienen que enfrentarse con el hambre y con los gendarmes.

La lucha proletaria se enciende en Europa y llega en algunas ocasiones a adquirir el ritmo trágicamente grandioso de las epopeyas. Pero todo es inútil. El cerco de la miseria y de las bayonetas es difícil de romper. Los trabajadores pierden las primeras batallas, no por falta de impulso y de heroísmo,

Las batallas de la revolución se pierden, una tras otra, y los reductos revolucionarios caen, también uno tras otro, en manos del común enemigo: el capitalismo. Este triunfa en toda la línea.

En estos momentos trágicos de desorientación, de desesperación, los trabajadores de todo el mundo, especialmente del mundo europeo, se preguntan atónitos: Y entonces, todo lo pasado, todo lo sufrido, ¿para qué? Sí; ¿PARA QUÉ? Y esta pregunta, surgida en los labios proletarios al contemplar tanta traición, es la que se encarga de contestar el fascismo: Para que sobre tus hombros, de las cenizas de los poderes que te lanzaron a la guerra pasada, surjan los nuevos poderes que te lanzarán a la guerra futura.

## LA GARRA FASCISTA SOBRE EL MUNDO

## LA POSTGUERRA

Cuando se firma el armisticio, cuando cesa la contienda que durante más de cuatro años anegó en sangre y lágrimas al mundo entero, la humanidad toda lanza un suspiro de alivio y de esperanza. Los hombres tienen la sensación de haber terminado de salir de una pesadilla sombría, y los que han tenido la suerte de vivir las terribles horas de las trincheras, saliendo indemnes de ellas, se palpan asombrados sus carnes, extrañados casi de no encontrar en ellas las huellas de la metralla. El amplio gemido que sonaba en todos los Continentes se convierte en gritos de alborozo; la lucha ha terminado; con el armisticio vienen los tratados de paz y, con ellos, la vuelta a los hogares, la vuelta a la vida tranquila y laboriosa del trabajo de cada día. Moloch está satisfecho y la humanidad se regocija viendo terminada la tragedia en que había arrastrado su existencia durante más de cuatro años. Es el despertar a la vida. Es la paz.

Pero los hombres no han olvidado sus egoísmos, sus ambiciones y, mucho menos, sus maldades; sobre la sangre, caliente aun, de los caídos en las últimas batallas, comienzan a resurgir los viejos conceptos imperialistas que lanzaron al mundo a la guerra; en nombre de la Patria se atenaza a patrias vencidas; en nombre de la Liber-

dad se somete a tiranías extranjeras a pueblos europeos; la Razón es, únicamente, la razón del vencedor; los Imperios Centrales, con algún otro país, habían jugado al trágico albur de la guerra y habían perdido; tenían, por consiguiente, que pagar. El precio era trabajo de pueblos, explotación de humildes, iniquidad para con los explotados; los parias habían ido a la guerra porque así lo mandaron unos cuantos generales y hombres de Estado; los parias, que nada tenían que defender, cayeron por millones; y cuando la paz se firmaba, eran también humildes, eran también parias, los que se designaban como hombres llamados a pagar, con su esfuerzo, con su sumisión, las locuras suicidas de los generales, de los aristócratas y de los capitalistas. Estos habían perdido poco en la lucha; a lo más, algunos, los más exaltados, consideraban que habían perdido su honor. Pero los parias, que se habían arriesgado a perder su vida durante la guerra, se veían obligados a perder el fruto de su esfuerzo durante la paz. En el mismo umbral de la paz, en los mismos salones de Versalles, se ponía la primera piedra de futuros afanes de venganza, de revancha, de dominación por la fuerza. Las páginas del tratado de Versalles, sancio-



Visado por la censura



## En las estribaciones de los Pirineos se debate la dignidad humana

Hay en el discurso del jefe del Gobierno, pronunciado en Figueras, no sólo una afirmación de la voluntad española, que no admite esclavitudes de ninguna clase, sino también una elevación de pensamiento donde resplandece igualmente el genio de nuestra raza. Sus palabras se nos aparecen hechas de contenido histórico cuando dice: "Defendemos, frente a los totalitarios, los intereses que esos mismos países —los democráticos— nos han estorbado en nuestra lucha y que ahora hacen una política con la cual creían salvar la paz de Europa. Pero, ¿por cuántos días va a salvarse la paz de Europa? Yo creo, yo afirmo orgulloso, que aquí, en las estribaciones de los Pirineos, se marcará definitivamente la orientación que siga el Mundo".

Precisamente ha sido la traición de las democracias a nuestro pueblo, impidiéndole con su política de "no intervención" oponerse eficazmente al avance de nuestros enemigos, la que ha llevado la lucha hasta esas estribaciones de los Pirineos donde ahora se desarrolla, para que puedan ver más de cerca las democracias que nos han traicionado todo el dolor y todo el heroísmo de nuestro pueblo.

Allí tienen el ejemplo de cómo un pueblo defiende su libertad y su independencia, hasta los límites extremos de la resistencia y el sacrificio. En la medida que lo siguen los demás pueblos serán dignos de su libertad y de su independencia.

Los Pirineos, más que frontera con Francia, son como una frontera natural que se alza entre España y el resto del continente europeo. Es, sin duda, lo que ha motivado la famosa frase, dicha en sentido peyorativo, de que "África empieza en los Pirineos". Algunos escritores, grandes escritores, entre ellos Gánivet y Unamuno, quisieron reivindicar el sentido de esta frase, mostrándola a la luz de su interpretación. Es indudable que la frase quedaría ser humillante para nosotros; pero, sin darse cuenta, quien la ponía en circulación, reconocía la originalidad de nuestra raza. Lo español era distinto de lo europeo; y el europeo, con toda su fatuidad pretendía marcar esa distinción con un signo de inferioridad. Nada de eso, sin embargo: distintos, sí; inferiores, no.

Hace treinta y un meses desde que el pueblo español se levantó en armas —mejor, diríamos sin armas— contra el fascismo internacional, que quería ponerle el dogal al cuello y la cadena al pie, se ha ido marcando, día a día, la diferencia que existe entre nuestro pueblo y los demás pueblos de Europa.

Mientras a este lado de los Pirineos no se ha vacilado un momento en oponer al avance de los traidores y extranjeros una actitud de repulsa en la que el pueblo se jugaba la vida, sin importarle el perderla, del otro lado de los Pirineos, pueblos igualmente amenazados por el fascismo que el nuestro, no tenían ni siquiera decisión bastante para oponerse a la política nefasta de sus gobernantes, que al negarnos toda ayuda contribuían a aumentar el peligro que amenaza a todos también. Más allá de los Pirineos, todo ha sido cálculo, egoísmo, abstención o cobardía... Los crimenes totalitarios se han cebado en la carne de nuestro pueblo, demostrando hasta qué punto éste es capaz de soportar los mayores sufrimientos cuando se trata de salvar su dignidad. Y Europa ha visto —y ve— nuestro cuerpo destrozado y desangrado, más allá de los Pirineos, en tanto los cuerpos de otros pueblos siguen pudriéndose en una atmósfera de claudicaciones. Pero roto y desamparado

nuestro cuerpo es un cuerpo vivo, cuya sangre denota su salud y su vitalidad.

Ahora esa sangre riega las estribaciones de los Pirineos. Sangre que aun puede salvar a Europa si los pueblos de Europa no están ya definitivamente muertos. Salvar, con su ejemplo. Por eso ha dicho bien el doctor Negrín que allí se marcará definitivamente la orientación que siga el Mundo. Por lo pronto, a este lado, queda ya la marca de sangre de la dignidad. Seguirá al otro lado la paz ignominiosa, la paz de los sepulcros. Esperemos aún.

### DE LA CLARIDAD A LAS TINIEBLAS

Serán muchos los que, después de haber leído un par de veces, con estupefacción, el discurso de Chamberlain, se habrán quedado haciendo comparaciones entre él y Hitler. Nosotros hemos confirmado —y lo sentimos— juicios ya reiterados. Entre Hitler y Chamberlain hay la diferencia de años, de temperamentos. El uno es audaz y el otro flemático. Hitler es rotundo y Chamberlain, sinuoso.

A la audacia de Hitler vencerá la sinuosidad de Chamberlain. Queremos decir que vencerá, como siempre, Inglaterra, sin importarle a quién abandona y sin que eso represente el fracaso de Hitler. Es... que llegará en primer lugar la bolsa de la City.

Todo el discurso de Chamberlain está trazado sobre base tan movediza como el triunfo de Hitler y Mussolini en España. Inglaterra ya tiene una promesa y con ella se conforma: "TERMINADO EL CONFLICTO ESPAÑOL, Italia y Alemania no tendrá nada que pedir a España". Y es verdad. Nunca dijo más verdad Chamberlain. Italia y Alemania no tendrán ya nada que pedir a España; se limitarán a pedir colonias francesas e inglesas de África, aupadas en las formidables posiciones adquiridas, gracias a España, en el Mediterráneo. Pero todo eso le parece a Chamberlain aleatorio y, so-

bre todo, a largo plazo. El tiene fe absoluta en esa panacea de los contactos personales y de las conversaciones diplomáticas. Aunque Hitler, que ahora repara en que su discurso, a fuer de claro, no ha sido entendido por Chamberlain, le ha hecho saber por conducto de la "Gaceta de Francfort":

"Debe ponerse el Extranjero en guardia contra cualquier apreciación exagerada que pudiera hacerse de las seguridades de paz dadas por Hitler, pues el discurso no puede invitar a nadie a sentarse tranquilamente en una butaca y exclamar con alivio: 'Todo va bien; Hitler no hará la guerra por las colonias, ni tenemos necesidad de devolvérselas'".

### DESDE AMERICA

## Homenaje a los caídos

Eran argentinos y no dudaron en unirse codo en codo con los españoles, pues la causa es una sola. Abandonaron su ciudad natal y llegaron a la península muy poco antes de estallar el complot militar-fascista. Se enrolaron en las milicias, que rápidamente las organizaciones populares constituyeron para enfrentar a los traidores y con ellas salieron de Barcelona por Cataluña a Aragón, ocupando los puestos más avanzados, derrochando juventud e idealismo.

Cuando Durruti, al frente de tres mil combatientes escogidos salió para defender Madrid, en inminente peligro, el mayor Julio Prina, quedó temporalmente al frente de la famosa división, y bajo su mando se libraron batallas victoriosas, como la del Farlete, y se adelantaron las líneas hacia Zaragoza. Su hermano Roberto le asistía en las tareas y combatió a su lado, hasta que una violenta fiebre tifoidea puso en peligro su vida.

Ya repuesto, se le confiaron a ambos misiones de suma responsabilidad y audacia. Por cumplirlas fue truncada su vida en plena floración. Representando en esos dos muchachos planes a tantos que desde lejanas tierras no titubearon en dar lo mejor de sí en defensa de la libertad, es que nuestro boletín rendimos el homenaje de nuestro recuerdo y agradecimiento y hacemos llegar a sus familiares nuestra palabra de afecto: ¡Llor a los caídos!



**EJERCITO DE TIERRA.—FRENTE DE CATALUÑA.**—Los soldados españoles, con elevada moral continúan resistiendo heroicamente los intensos ataques en los sectores de Berga y Urgel. En el sector de Girona los ataques han revestido extraordinaria dureza, las fuerzas invasoras y las españolas a su servicio apoyadas por gran cantidad de artillería, cuya acción ha sido incasante, por gran número de tanques y numerosísimos aviones que han bombardeado incesantemente las líneas y la retaguardia, han logrado rectificar su línea a vanguardia en este sector, a costa de gran número de bajas.

**FRENTE DE EXTREMADURA.**—Continúan siendo rotundamente rechazados por los soldados españoles los intentos de ataque enemigos en el sector de Valsequillo.

En los demás frentes, sin noticias de interés.

**AVIACION.**—La aviación italogermana ha continuado sus criminales agresiones contra las poblaciones de la retaguardia catalana, causando gran cantidad de víctimas entre la población civil, cuyo número no puede precisarse a la hora de redactar este parte, por estarse efectuando los trabajos de desescombro.

Igualmente han atacado en la tarde de hoy Andújar y Alicante, causando también víctimas entre la población civil.



### Todos ven el peligro

Tres declaraciones interesantes: la de Lloyd George, la de Halifax y la de la Federación Republicana Francesa de la Cámara de los diputados. El ministro de Negocios Extranjeros inglés, lord Halifax, ha sostenido la política de su jefe, y como ésta ha dicho que Mussolini dio la seguridad neta de la política de paz italiana, según la cual, una vez solucionado el conflicto español, retiraría todo el apoyo militar italiano y que Italia nada tendría que pedir a España en lo relativo a las concesiones territoriales. Así se ha expresado el lugarteniente del gobernante de la paz.

que el único deseo de la Gran Bretaña es que España salga por sí misma de las actuales dificultades y por sus propios medios". Es decir, que en esta declaración descansa su afirmación de que la política británica no cambiará: en que el Gobierno español siga desarmado y la Junta de Burgos reciba toda suerte de armas.

Esta es la posición del responsable del Foreign Office, tan distinta a la de Lloyd George, el cual, frente a las afirmaciones de lord Halifax, ha dicho estas verdades como puños, con respecto a la buena fe de Mussolini y a no pedir territorio alguno al terminar la guerra como precio a su auxilio: "Os he anunciado que los elementos formidables, indispensables a las tropas alemanas e italianas en el territorio español, "no se retirarán más que cuando Francia e Inglaterra hayan aceptado sustancialmente —por eso no han hecho retirada alguna sustancial— las exigencias que les plantean actualmente Hitler y Mussolini, ya que éstos no son tan tontos como para lanzarse a un conflicto en España y combatir durante dos años y medio, con el riesgo consiguiente y el gasto enorme de dinero, para no conseguir ventaja alguna".

Esta realidad —la de Halifax y su jefe, el estadista— es la única evidente. Y por serlo, ha podido decir, Lloyd George esta frase monárquica para los gobernantes de la democracia inglesa: "El pobre león británico difícilmente podrá salvarse sin perder parte de su melena y muchos de sus dientes".

Pero de esta realidad amarga, de esta verdad incuestionable, no quieren saber nada.

Italia y Alemania buscan compensaciones a costa de España y de Francia, y para alcanzarlas se han afincado en los Pirineos y las Baleares, en nuestro litoral y en el Marruecos español. Y dándose perfecta cuenta de tal verdad los conservadores de la República ultrapietista —la Federación Republicana— de la Cámara de los Diputados— ha aprobado la resolución, en la cual denuncia enérgicamente el peligro de la convocatoria de una Conferencia internacional, que fatalmente pondría en grave riesgo la integridad del Imperio colonial francés.

No otra es el peligro descrito por Lloyd George, y su existencia ha hecho que así se pronuncie esta importante minoría de la política francesa, así como el resto del Parlamento francés, el cual aprobó por aclamación, que la soberanía nacional, así como la integridad de su Imperio, "no puede traspasarse, delegarse ni repartirse".

**Leed "CNT"**

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.